

APUNTES SOBRE METODOLOGÍA Y TÉCNICAS CUALITATIVAS APLICADAS A LA INVESTIGACIÓN SOCIOAMBIENTAL

Paloma Herrera y Emmánuel Lizcano

Resumen

Los estudiantes y profesores de ciencias medioambientales y otras ingenierías afines perciben, con frecuencia, la necesidad de una aproximación sociológica a los contenidos de sus disciplinas y proyectos de investigación, pero carecen de unas orientaciones elementales que les permitan emprender esa aproximación y, tal vez, sentirse estimulados para profundizar en ella. Este texto pretende ofrecer esa guía básica y ese estímulo, mostrando la dimensión simbólica y discursiva que tiene todo acercamiento a las cuestiones medioambientales y presentando los rudimentos de las metodologías cualitativas para su análisis, poniendo especial énfasis en distintas técnicas de análisis de los discursos referidos a estos temas.

Introducción

Si nos preguntamos qué es la naturaleza, cuál es la situación del medio ambiente, cómo conseguir un desarrollo sostenible... inmediatamente nos veríamos inmersos en un intenso debate que pone en juego distintas definiciones y puntos de vista que, a su vez, expresan –y esconden- encontradas percepciones, intereses, valores... Las formas de pensar de los diferentes grupos y culturas sobre la posición del hombre en la biosfera se orientan a legitimar sus propias relaciones con el resto del mundo natural y social, unas relaciones que no son ni universales ni estáticas, sino que cobran todo su sentido en un contexto histórico y cultural muy concreto. Porque, efectivamente, el ser humano se adapta y/o transforma la naturaleza a través de la técnica pero también, y a veces en mayor medida, a través de las formas de organización social y las relaciones simbólicas¹. Todo concepto de naturaleza es intrínsecamente social, hasta el punto de que el propio concepto ‘naturaleza’ no existe en la mayor parte de las lenguas indígenas del planeta. Así, existen culturas que no diferencian lo natural de lo social:

“Sabemos lo que hacen los animales, cuáles son las necesidades del castor, del oso, del salmón y de las demás criaturas, porque antaño, los hombres *se casaban con* ellos y adquirirían ese saber de sus *esposas animales*. Los blancos han vivido poco

¹ Es ya clásico el artículo en el que Lynn White (1967) rastrea en los orígenes de nuestra civilización los elementos culturales legitimadores que desembocarán en la crisis ecológica actual.

tiempo en este país y no conocen mayor cosa de los animales; nosotros estamos aquí desde hace miles de años y hace mucho tiempo que los propios animales *nos han instruido*. Los blancos anotan todo en un libro, para no olvidar; pero nuestros ancestros se desposaron con los animales, aprendieron todos sus usos y han transmitido estos conocimientos de generación en generación” (Lévi- Strauss, 1964: 63)

Los *carrier* del actual Canadá integran a los animales en su propia estructura familiar y en la historia del grupo, una historia que empezó cuando sus antepasados se casaban con el castor, el oso y el salmón que, de esta manera, fueron sus primeros maestros. No hay ahí la menor distinción entre las que, para nosotros, serían actividades naturales (las necesidades del castor o del oso) y prácticas sociales (matrimonio, enseñanza, historia), como queda bien explícito en la metáfora “esposas animales”.

Otras culturas, como la judeo-cristiana y su versión secularizada moderna, sí establecen esa distinción entre naturaleza y sociedad como una diferencia fundamental, al tiempo que desarrollan una concepción que subordina claramente la primera a la segunda:

Después dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. *Domine* sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre las fieras campestres y sobre los reptiles de la tierra. Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y Dios los bendijo diciendo: sed prolíficos y multiplicaos, poblad la tierra y *sometedla* (...). Dios bendijo a Noé y a sus hijos diciéndoles: sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra; *imponed miedo y terror* a todos los animales de la tierra, a todas las aves del cielo, así como a todo lo que se mueve sobre la tierra y a todos los peces del mar. Todos *están en vuestra mano*. Todo cuanto se mueve y tiene vida sobre la tierra *os servirá* de alimento. (Génesis I: 26-29 y IX: 1-3)

Pero también es cierto que, dentro de una misma cultura, como la nuestra, una parte importante de los conflictos medioambientales deriva de las ideas implícitas que diferentes grupos poseen sobre nuestra posición en la biosfera, sobre nuestra responsabilidad en el desenvolvimiento de la vida y sobre nuestra capacidad de actuar. Estas preconcepciones se tejen tanto con los respectivos intereses como con los argumentos que los legitiman. Por ejemplo, el concepto ‘Naturaleza’ es un concepto por sí mismo ambiguo. Y no tanto por sus múltiples significados (naturaleza como esencia de las cosas, naturaleza como algo exento de la intervención humana, naturaleza como universo...) como por sus diferentes interpretaciones. Si algún individuo o colectivo emplea la palabra ‘naturaleza’, la pregunta que surge es ¿qué modelo cultural de naturaleza subyace?, ¿es la misma ‘naturaleza’ la de un agricultor que la de un urbanita?, ¿la de la industria agroalimentaria que la de un montañero?, ¿la de un

estudiante de ciencias ambientales que la de un estudiante de empresariales? Los tan diferentes significados de ‘naturaleza’ expresados en los dos relatos míticos anteriores pueden correlacionarse sin dificultad con estas dos descripciones actuales del mismo objeto ‘naturaleza’:

“En esta agricultura [tradicional] el conocimiento se comparte, las demás especies y plantas son *parientes*, no ‘propiedad’, y la sustentabilidad se basa en la renovación de la *fertilidad* de la tierra, en la renovación y en la *regeneración* de la biodiversidad” (V. Shiva, *The Ecologist*, enero 2001, p.36)

“Desde épocas remotas, el hombre ha ido observando la variabilidad natural dentro de las especies vegetales, seleccionando las propiedades que *le interesa* y *anulando* las que le son perjudiciales. (...) Nuestra tecnología nos permite *diseñar* procesos y productos de una forma específica con unos *intereses* determinados en casi todos los sectores, permitiendo *utilizar* las propiedades de los seres vivos para *producir* y transformar alimentos, *obtener* nuevos medicamentos y *corregir* los problemas” (*Agricultura*, febrero 2002, p.133)

Personas que comparten análogos niveles de estudios, edad, situación económica, preocupaciones profesionales... mantienen, sin embargo, actitudes muy diferentes hacia la naturaleza y el modo de interactuar con ella. Son sus discursos los que nos ponen en situación de acceder a los diferentes significados sociales, valoraciones, intereses, presupuestos... que se esconden tras muchas de las acciones que han ser consideradas en cualquier proyecto medioambiental que pretenda llevarse a cabo. ¿Cómo acceder y/o producir estos discursos? ¿Qué valor o representatividad puede dárseles? ¿Cómo analizarlos e interpretarlos de modo que hagamos aflorar lo que a primera vista no es evidente? A dar alguna respuesta, por elemental que sea, se orientan las siguientes observaciones.

Metodología cualitativa

Hasta hace muy poco tiempo, la investigación empírica en Ciencias Sociales estaba definida por un marco epistemológico que la entendía en términos exclusivamente cuantitativos, es decir, en estadísticas. La medición, en este campo, se presenta como un gran logro, por lo que se llegó a convertir en el eje del desarrollo de estas ciencias. Bajo el paradigma positivista, y aduciendo la importancia de eliminar los efectos del investigador en el fenómeno que estudia, esta metodología se suponía que permitía aislar los hechos sociales, cuantificarlos y generalizar -cuando no, universalizar- sus resultados, de la misma manera que lo hacen las ciencias consideradas ‘duras’.

Sin embargo, esta manera de enfocar la cuestión ha ido cambiando y, desde hace algunos años, la metodología cualitativa ha ido ganando espacio, con el reconocimiento

de la importancia que tiene para la ciencia social el que los acontecimientos, las acciones, las normas, los valores, los intereses, etc. sean vistos desde la perspectiva de los individuos y grupos que están siendo estudiados, lo que implica penetrar en los contextos de significado con los que éstos operan². Así, con esta metodología no se pretende la búsqueda de leyes que den cuenta de la realidad social sino que se busca el sentido de la acción, su significado socio-cultural o, como los llama P. Ricoeur, los moldes culturales que organizan los procesos sociales y psicológicos:

“Así como los modelos en el lenguaje científico nos permiten ver cómo se manifiestan las cosas, nos permiten ver las cosas como esto o aquello, de la misma manera nuestros moldes o plantillas sociales articulan nuestros papeles, articulan nuestra posición en la sociedad como esto o aquello. (...) Como no poseemos un sistema genético de información tocante a la conducta humana, necesitamos un sistema cultural. (...) La acción está inmediatamente regida por moldes culturales que suministran plantillas y modelos para organizar procesos sociales y psicológicos” (P. Ricoeur, 1989: 54)

En las ciencias ambientales, la apertura cualitativa, además de interpretar muchos de los resultados de encuestas sobre fenómenos concretos, permite profundizar en el proceso de cambio socioambiental y comprender mejor el papel de la naturaleza y de los agentes sociales en un contexto más amplio de cambios y conflictos sociales. Estas transformaciones no se producen en un vacío ideológico-cultural, sino que son la expresión de profundas mutaciones tanto simbólicas como materiales que adquieren su sentido en las maneras en que los sujetos les dotan de unas significaciones u otras, en los modos en que éstos reelaboran, asumen, rechazan o desvían las permanencias y los cambios, las novedades y las costumbres, en función de sus particulares contextos y situaciones.

Una característica específica del ser humano es su lenguaje y con él la facultad de simbolización. Aunque entre los animales se identifican “lenguajes” (cuyo código, sin embargo, ha sido ideado por el ser humano), éstos no sirven para elaborar ideas ni

²No obstante, esta metodología no ha dejado de suscitar fuertes críticas centradas, fundamentalmente, en su presunta falta de objetividad, la imposibilidad de la reproducción de sus resultados, su trivialidad o su relativismo. Sin embargo, con frecuencia, en este tipo de críticas se muestran más las consecuencias de posiciones prejuiciosas y/o ignorantes hacia estas metodologías que el interés por entrar en un debate serio sobre los antecedentes y las derivaciones teóricas y epistemológicas de las prácticas cualitativas. Con los años, las perspectivas metodológicas cualitativas han ido encontrando su lugar de forma paralela a la emergencia de las teorías críticas, en las que se muestran más adecuados todos aquellos instrumentos analíticos que descansan en la interpretación, que tratan de buscar la comprensión de los procesos sociales más que su predicción, intentando comprender cuál es su naturaleza, más que explicarla (véase L. Iñiguez, 1995, 2004).

analogías ni, por lo tanto, construir sentido. Con el lenguaje, con los discursos, el ser humano puede representar realidad y puede crearla o modificarla. Así, consideraremos los discursos, por un lado, como una valiosa fuente de información para conocer realidades que, de otra forma, pudieran pasar desapercibidas; por otro lado, como fuente de representaciones y motivaciones para explicar la lógica de muchos de los procesos socioambientales. Si las técnicas cuantitativas nos permiten investigar el sentido *producido* (los hechos, un estado coyuntural concreto y/o comparaciones entre varios), las técnicas cualitativas nos permitirán centrarnos en el proceso de *producción* de sentido; es decir, el análisis y la interpretación de los discursos nos llevarán al origen y al proceso de formación de unidades de sentido más allá del contenido manifiesto de los mismos (J. Ibáñez, 1994). El significado que el investigador atribuye a los datos estadísticos no tiene por qué coincidir –y, de hecho, a menudo no coincide– con los significados que dan a esos mismos datos los diferentes agentes implicados. Conocer el fenómeno en toda su complejidad conlleva, por tanto, conocer tanto unos significados como otros, ya que ambos forman parte de esa realidad socioambiental, demasiado compleja para ser analizada –e, incluso, comprendida– desde un único punto de vista o mediante un sólo método³. Las diferencias principales entre ambos tipos de técnicas son (A. Téllez, 2007):

Investigación cuantitativa	Investigación cualitativa
Explicación	Comprensión
Método nomológico (subsunción de hechos particulares bajo hipótesis o leyes universales)	Método comprensivo
Clasificación, predicción	Interpretación, búsqueda de sentido
Fenómenos empíricamente observables	Mundo de las significaciones, de lo simbólico, de los discursos
Distancia sujeto/objeto	Acercamiento a lo subjetivo de la vida social
Técnicas cuantitativas: encuestas estadísticas	Técnicas cualitativas: observación participante, entrevistas, historias de vida, grupos focales, grupos de discusión...

Algunas técnicas cualitativas de investigación socio-ambiental

³ Un recorrido por distintas técnicas de análisis sociológico y aplicaciones concretas en el campo de la investigación socioambiental puede verse en L. Camarero (coord.), 2006.

La investigación social cualitativa es enormemente variada, pero se puede decir que las distintas concepciones tienen en común el intento de una aproximación a sustratos no superficiales de la realidad social que deben ser interpretados. Para ello utiliza una serie de herramientas que tratan de captar esa realidad, o esa parte de la realidad, para luego interpretarla. Antes de entrar a describir estas herramientas, conviene hacer una precisión sobre el sentido de los términos metodología, método y técnica (L. Iñiguez, 2004). Por *metodología* se entiende la aproximación general a nuestro objeto de estudio, es decir, el conjunto de medios teóricos, conceptuales y técnicos que una disciplina desarrolla para la obtención de sus fines (por ejemplo, metodología cuantitativa y metodología cualitativa; metodología marxista y metodología funcionalista...). Por *método*, suelen entenderse los caminos específicos que permiten acceder al análisis de los distintos objetos que se pretenden investigar. El método engloba todas las operaciones y actividades que, regidas por normas específicas, posibilitan el conocimiento de los procesos sociales. Finalmente, por *técnicas* se entienden los procedimientos específicos de recogida de información. Estos procedimientos no son necesariamente en sí mismos cuantitativos o cualitativos, la diferenciación en cualquier caso provendrá de su enmarque en un método específico. Si hasta ahora hemos hablado de metodología, en lo que sigue nos centraremos en algunas de las técnicas específicas de obtención de información⁴ (concretamente, en la entrevista y el grupo de discusión) y en un método de análisis (el análisis de discurso).

La entrevista

La entrevista es una de las principales técnicas utilizadas en investigación social, ya que constituye una herramienta muy fructífera de producción y recogida de información. Consiste en un diálogo ‘cara a cara’ entre un entrevistado y el investigador que orienta el discurso con un propósito predefinido. Desde la entrevista no estructurada, en la que el investigador se limita a proponer un tema y, a partir de él, deja fluir la conversación, hasta el cuestionario, con procedimientos estandarizados de interrogación y respuesta, existe toda una serie de formas de interrogación en función del grado de estructuración que se requiere para cada investigación concreta: entrevistas en profundidad, abiertas, semiestructuradas, cerradas...

⁴ Para una mayor profundidad en las técnicas cualitativas puede verse Callejo, 2001, González Brito, 2008, Vallés, 2002.

Una de las ventajas fundamentales de la entrevista es la posibilidad de captar mucha información en profundidad y en detalle a partir de las palabras y los enfoques de las personas que comparten un mismo escenario social, además de posibilitar describir e interpretar aspectos que no son directamente observables (sentimientos, impresiones, sucesos del pasado...). Pero esto último constituye también su gran desventaja, ya que hace difícil su contrastación y, especialmente en entrevistas excesivamente abiertas, su comparabilidad entre diferentes informantes.

No obstante, es importante tener en cuenta que con las entrevistas no se pretende analizar un yo individual o psicológico sino un yo que actúa y reconstruye el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales. Con ellas se pretende, a través de la recogida de un conjunto de saberes privados, la construcción del sentido social de la conducta individual o del grupo de referencia de ese individuo. (L.E. Alonso, 1994: 228). De este modo, nuestro objeto de estudio será analizado a través de la experiencia que de ese objeto posee un cierto número de individuos que, a la vez, son parte y producto de la acción estudiada (Ibíd.: 229). La entrevista resulta especialmente productiva para el estudio de casos típicos o extremos, ciertos individuos que encarnan, con toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la 'media' del colectivo de referencia.

El grupo de discusión

Por otra parte, con los grupos de discusión se aspira a generar unos discursos en los que la conversación y la discusión hagan aflorar las representaciones ideológicas compartidas, de modo que se puedan observar las formas en que los miembros de una colectividad interpretan, orientan y categorizan nuestro objeto de estudio⁵. El grupo constituiría el medio de expresión de las ideologías⁶ sociales de una cultura o un sector social. A través del análisis de sus discursos podremos observar y profundizar en lo que es asumido como común en el sector social representado en la reunión (un sector social que, por supuesto, definiremos nosotros en función de nuestros objetivos).

⁵Una técnica similar es el *grupo focal* que, aunque tiene semejanzas con el grupo de discusión, también mantiene importantes diferencias. La principal de ellas es que el grupo focal no prescinde nunca de un guión de preguntas relacionadas con el objetivo de la investigación que la persona que modera el grupo dirige a sus participantes, lo que convierte a este tipo de reunión grupal en una entrevista semiestructurada y dirigida, que busca con preguntas las respuestas del grupo.

⁶ El concepto de ideología no se usa aquí en el habitual sentido de origen marxiano, como engaño o deformación, sino en un sentido más próximo a lo que el idealismo alemán llamó *Weltanschauung* o 'visión del mundo' y que, posteriormente, ha reelaborado la antropología simbólica como la desarrollada por C. Geertz.

En la elección de los miembros del grupo -entre 5 y 10 personas- es fundamental jugar con la heterogeneidad. El grupo ha de combinar un mínimo de homogeneidad, para mantener la simetría de la relación entre los componentes del grupo, y un mínimo de heterogeneidad, para asegurar la diferencia necesaria en todo proceso de habla. La homogeneidad vendrá dada por los criterios de selección fijados por el investigador en función de sus objetivos (edad, sexo, barrio, nivel de estudios...)⁷. Los límites de la heterogeneidad estarán constituidos por las relaciones de exclusión que establezca el tema de la reunión (profesores/alumnos; agricultores/empresarios turísticos...)⁸.

El motor del grupo es el moderador; pero más que el motor de una dinámica, el moderador es el motor que ha de conducir al grupo hacia los objetivos de la investigación. No se trata tanto de que la reunión sea muy animada o se digan muchas cosas, como de que lo que se diga esté relacionado, directa o indirectamente, con lo que queremos conocer. La función del moderador será, pues, hacer hablar a todos los participantes (a veces, frenar a los que hablan demasiado) para hacer aflorar, a partir de la conversación (que no discusión), representaciones ideológicas colectivas (creencias, resistencias, anhelos, temores...) con el fin de profundizar en problemas y concepciones de difícil estructuración y en ocasiones no del todo conscientes.

El moderador comenzará presentando el tema con una descripción/explicación de las líneas básicas de los objetivos de la reunión y lanzando una pregunta general que desencadene una reacción. Esta primera presentación del tema y la elección de la pregunta inicial es clave para el desarrollo de la conversación: si presentamos un tema que implique poco a los participantes, éstos se mostrarán distantes y recurrirán a los tópicos; si el tema implica mucho, se establecerán estrategias defensivas y, de nuevo, se recurrirá a racionalizaciones esperables. Tras esta introducción inicial, el papel del moderador ha de ‘desaparecer’, limitándose a animar la conversación cuando se estanca o tranquilizarla cuando se tensa demasiado, procurar que todos los presentes participen y que ninguno monopolice la discusión, evitar los conflictos y las rivalidades personales, reconducir la conversación hacia los objetivos propuestos... Para ello puede ser útil echar mano de algún truco. Si la conversación se exalta o se desvía, cabe lanzar

⁷En cualquier caso, los integrantes del grupo no deben conocerse entre sí, ya que se correría el riesgo de un excesivo consenso que invalide la conversación.

⁸Es importante también el lugar dónde se desarrollará la reunión, la significación del lugar y su consecuente carga simbólica pueden inhibir o forzar la conversación. Así, por ejemplo, deberemos evitar oficinas de la institución que estemos estudiando, locales de partidos políticos, lugares excesivamente ruidosos...

una pregunta mirando con interés a aquellas personas del grupo que no hablan. Si la conversación decae, se puede recurrir a la fórmula “alguien ha dicho que...”. Ante comentarios en los que queramos profundizar, el moderador puede hacer como que no ha escuchado bien algo, con el fin de que quien lo haya dicho lo comente y los demás sigan su discurso por esa vía. No conviene, sin embargo, introducir nuevos temas de conversación pues, aunque sean de interés del investigador, pueden no serlo del grupo, y de lo que se trata precisamente es de indagar en las preocupaciones de éste, que se supone serán las dominantes entre aquellos a quienes el grupo representa⁹.

Transcripción

Tanto las entrevistas como los grupos de discusión han de ser grabados y transcritos para su posterior análisis¹⁰. Durante la entrevista o reunión del grupo, es importante que el investigador observe y anote todo aquello que considere relevante: gestos, posturas, movimientos de manos... constituyen elementos valiosos para interpretar lo que nuestro informante dice y cómo lo dice. Existen manuales específicos sobre la transcripción, pero normalmente será el propio estudioso el que imponga su fórmula, desde las formas más ortodoxas de hacerlo hasta otras más sencillas y personales. No obstante, conviene tener en cuenta algunas observaciones: cada transcripción ha de estar debidamente identificada¹¹ (informante, sexo, edad, ocupación...); las dudas, pausas, suspiros... deben quedar reflejadas; las expresiones, giros y jerga que utilice el informante se mantendrán literalmente; las incorrecciones gramaticales no deben ser corregidas, pues pueden ser significativas de ideas preconscientes que pugnan por expresarse a pesar de la gramática:

- “¿Qué es para usted desarrollo sostenible?”
- “¿Eh? Pues (mmm...) Pues esas con... conversaciones que te hacen en la tele...”

Los primeros indicadores de duda señalan la sorpresa ante una pregunta para la que no fluye una respuesta espontánea. En ese “te hacen” que es, de hecho, una impropiedad lingüística (en las conversaciones interviene uno mismo, no se las hace otro), el entrevistado expresa, sin embargo, su desimplicación (“te hacen”) respecto de una

⁹ Sobre aspectos prácticos de la constitución, dinámica y transcripción de los grupos de discusión, véase J. Gutiérrez Brito, 2008. Un desarrollo más en profundidad puede verse en J. Callejo, 2001.

¹⁰ Aunque debemos solicitar permiso a nuestros informantes para el uso de la grabadora en nuestros encuentros, ésta no ha de ser nunca el centro de atención. Conviene usar grabadoras pequeñas y colocarlas en algún lugar en el que puedan pasar desapercibidas.

¹¹ Evidentemente, se ha de garantizar el anonimato de nuestros informantes; la identificación la realizaremos a través de números, letras, nombres ficticios...

percepción en la que, no obstante, se siente implicado (al fin y al cabo, lo nombra como una “conversación”, algo en lo que de algún modo él participa).

Diseño muestral

En la práctica, la cuestión del diseño muestral se podría resumir en dos preguntas: a qué tipo de personas debemos entrevistar y/o incluir en los grupos y cuántas entrevistas y grupos hay que realizar. Aunque existe una ingente bibliografía sobre el tema, la realidad es que no hay ninguna fórmula para calcular el tamaño de la muestra ni ninguna receta magistral para la selección de los entrevistados. Pero es importante considerar algunos aspectos.

Por un lado, los miembros seleccionados para una muestra cualitativa, tanto para entrevistas como para grupos de discusión, se elegirán en función de aquellos rasgos sociales que interesan para los objetivos de la investigación. Así, los individuos que integren la muestra se pueden elegir a partir de ciertas variables esenciales en el estudio: edad, sexo, ocupación, estudios, pertenencia a un movimiento social, lugar de residencia... La representatividad vendrá dada a partir de “la suposición de común inconsciente colectivo generada en la matriz del estrato social” (J. Callejo, 2001:113)¹².

Por otro lado, con esta metodología no estamos buscando una representatividad estadística (que, a partir de una muestra extraída de una población mediante un procedimiento determinado, permita inferir ciertos rasgos generalizables al conjunto de esa población) sino una representatividad de los diferentes sentidos sociales (imaginario social) de los grupos de referencia. No se trata, por tanto, de analizar a toda la población objeto de estudio, ni siquiera a la más representativa; buscamos tener representadas determinadas relaciones/significaciones sociales, aquéllas que en cada caso se hayan considerado pertinentes *a priori*. Así, no se trataría tanto de averiguar cuánta población española recicla sus residuos, como de indagar en los porqués de los diferentes modos de reciclar –o de no hacerlo- y en sus justificaciones. La comprobación de la representatividad, especialmente en los grupos de discusión, vendrá dada por la saturación del discurso. Confirmaremos la representatividad de nuestra muestra cuando a partir de cierto número de discursos, uno más no produce nueva información relevante sobre el objeto de estudio.

¹²Un razonamiento detallado de la representatividad de los grupos de discusión puede verse en J. Callejo, 2001: 109-114.

El análisis social del discurso

El llamado *giro lingüístico* ha introducido una serie de perspectivas en la manera de entender el lenguaje que ha alterado profundamente tanto el modo de abordar el estudio de los fenómenos sociales, como los fenómenos sociales mismos. De venirse pensando el lenguaje como un sistema de signos en el que se representa o refleja una realidad –y, en particular, una realidad social- que es exterior a tal sistema, el lenguaje pasa a concebirse como algo que forma parte de esa realidad, ya sea para constituirla ya para modificarla:

“[El lenguaje] va a dejar de ser visto como un medio para representar la realidad y va a pasar a ser considerado un instrumento ‘para hacer cosas’. Junto con sus funciones ‘descriptivas y representacionales’, el lenguaje adquiere, por tanto, un carácter ‘productivo’ y se presenta como un elemento ‘formador de realidades”
(T. Ibáñez, 2001: 32)

Esta superación de la concepción *representacionista* del lenguaje tendrá importantes implicaciones en la percepción de lo social y en los modos de abordar su estudio. Entre ellas cabe destacar:

- El mundo de las palabras y el de los hechos -y las acciones- no son dos mundos sino uno. La palabra es una modalidad de acción, un modo de hacer cosas. Como ha puesto de manifiesto la *teoría de los actos de habla*, más allá de representar una realidad exterior ya dada, más allá también de expresar una realidad mental interior previamente constituida, y más allá de comunicar unos mensajes u otros, el lenguaje actúa por sí mismo y desde sí mismo, haciendo realidad. Un “Sí, quiero” dicho ante el altar no representa un hecho, sino que lo crea: produce matrimonios.
- Esta capacidad constructiva del lenguaje es intrínsecamente social. El lenguaje se hace en el interior de procesos sociales a los que, a su vez, contribuye a conformar. Como han estudiado con detalle la *pragmática* y la *etnometodología*, la creación de sentido por el lenguaje no es una propiedad de los signos lingüísticos y su combinación, sino que nace de las interacciones entre los hablantes y de los contextos y situaciones en que éstos toman la palabra, de los presupuestos e intenciones implícitos sin los que el mero sistema de la lengua es, literalmente, un sinsentido. “¡Tengo frío!” puede significar, en ciertas circunstancias, “¡cierra la ventana!”.
- En consecuencia, los lenguajes formales pierden el privilegio que venían teniendo como sistemas de representación de la realidad. Pues si la realidad está hecha

también de lenguaje, y en muy buena medida de lenguaje ordinario, éste adquiere también un papel fundamental como lenguaje de conocimiento de esa realidad que lo incluye. El ‘carro’, como unidad de medida de superficie, incluye un conocimiento del terreno que suele escapar a quien lo mide por hectáreas.

La noción de *discurso* que aquí utilizaremos incorpora esta dimensión del lenguaje como una práctica social, una práctica que incluye sus propias condiciones de producción, circulación y realización. Desde esta perspectiva, el *análisis del discurso* que desarrollaremos considera los enunciados lingüísticos como portadores de la marca que los ha producido, como elementos de un conjunto de prácticas—no sólo lingüísticas—que le dan sentido y a las que el mismo enunciado contribuye a instituir.

Por tanto, no se tratará sólo, como veremos, de que en el discurso se reflejen o representen ciertas estrategias de poder, se constaten ciertas identidades o se manifiesten determinadas oposiciones sino, más bien, de que es el propio discurso el lugar en el que se hacen y deshacen las alianzas, se construyen o destruyen las identidades, se modelan o se difuminan las oposiciones y los oponentes.

Desde esta perspectiva general, los analistas del discurso suelen subrayar dos grandes tipos de estrategias retóricas. Uno se orienta a producir o socavar hechos; el otro, a legitimar o deslegitimar agentes.

- Mediante el primero se describe la situación de manera que los propios efectos de la descripción hagan aparecer ciertas formulaciones como hechos ‘que están ahí’ o, inversamente, socaven la realidad que suele atribuirse a otros hechos a los que el autor del discurso quiere quitar importancia o incluso borrar como tales hechos. Los discursos del fiscal y del abogado defensor en las películas sobre juicios ilustran bien las distintas estrategias de este tipo, que también pueden observarse en disputas familiares, controversias políticas e incluso en discursos sin oponente aparente —como ocurre con el ensayo científico— pero que, con frecuencia, suponen un oponente implícito.

El empleo de unos *modalizadores* u otros es una de las estrategias más habituales para aumentar o disminuir el grado de facticidad. Así, el “cambio climático” es ‘un hecho’ que adquiere mayor menor rotundidad según se diga “el cambio climático está producido por el hombre”, “el llamado cambio climático está producido por el hombre”, “científicos de todo el mundo demuestran que el

cambio climático está producido por el hombre”, “un grupo de científicos acuerda que el cambio climático está producido por el hombre”, “un grupo de científicos afirma que el cambio climático está producido por el hombre porque quieren alertar las conciencias”...

- El segundo tipo de estrategias retóricas se refiere a los agentes de los discursos, de manera que unos discursos se construyen como discursos autorizados, legítimos o incuestionables (“la ciencia ha demostrado que...”, “como todo el mundo sabe...”, “los datos hablan por sí mismos...”, etc.), mientras que otros resultan desautorizados, ilegítimos o sospechosos.

P - ¿Pero no hay un acercamiento de posiciones [a favor y en contra de los alimentos transgénicos]?

R – Ni de lejos, ni de lejos. Ni creo que lo haya, porque en buena medida el debate, bajo mi punto de vista, es más *ideológico* que sustentado en *otro tipo de criterios*; entonces todas las ideologías *son las que son* y es difícil cambiarlas, sobre todo cuando quieres cambiarlas usando *argumentos científicos* que no tienen peso en eso... Quiero decir que si el debate es “multinacionales no”, debate en el que yo puedo estar totalmente de acuerdo; lo que no puedo estar de acuerdo es si ese debate se hace utilizando los transgénicos, ni puedo convencer a mi oponente con términos de transgénicos en ciencia, que *una cosa es los datos científicos y otra cosa es las aplicaciones* que se hagan de los datos científicos. Yo creo que uno de los graves problemas es que *se juntan* dos debates, el *ideológico* y el *técnico*. Cuando los temas son estrictamente *científicos*, entonces es que *lo que hay es lo que hay*”¹³

El biotecnólogo ahí entrevistado hace aparecer dos parejas de hechos, que se construyen entre sí. Por un lado, está lo “ideológico” (las ideologías “son las que son”) nítidamente distinguido de lo “científico” (donde “lo que hay es lo que hay”). Por otro, igual de tajantemente distinguidos, están “una cosa” (los datos científicos) y “otra cosa” (las aplicaciones). Es esta construcción de ciertos hechos, distintos unos de otros, la que permite legitimar su discurso y deslegitimar el de sus oponentes. En efecto, su discurso se identifica con el de esa ciencia que acaba de construirse como un hecho, y como un hecho separado de las ideologías, por lo tanto es un discurso que no puede discutirse ideológicamente. El discurso de los oponentes, sin embargo, queda desacreditado porque mezcla “cosas” diferentes, ciencia e ideología, esos dos hechos que se acaban de construir como cosas distintas. El oponente, ya deslegitimado por mantener un discurso ideológico y no científico, podrá opinar sobre “las aplicaciones” de la ciencia, pero si lo

¹³ Extracto de entrevista tomado del material cualitativo del proyecto nacional I+D+I “El impacto de la biotecnología en España: La percepción social de las aplicaciones alimentarias” (Bio 2000-0947), dirigido por el profesor D. Jesús Contreras de la Universidad de Barcelona y en el que la autora fue partícipe. Las cursivas son nuestras.

hace sobre la ciencia misma, que es “otra cosa”, vuelve a juntar cosas diferentes y se desautoriza doblemente.

Una combinación especial de ambas estrategias suele emplearse muy a menudo para construir descripciones que parezcan objetivas, como si fueran independientes del agente que las produce. N. Gilbert y M. Mulkay (1984) han analizado en detalle el uso en los artículos científicos de este tipo de discurso, al que llaman *discurso empirista*; J. Potter (1996: 193-224) amplía su caracterización para otros discursos (periodístico, político, judicial, narrativas realistas...) que se basan también en la ‘construcción de exterioridades’, es decir, en las estrategias retóricas habituales para describir las cosas como si estuvieran ahí-fuera, al margen de quien las describe y del lenguaje utilizado para hacerlo. El repertorio objetivista recurre principalmente a dos tipos de operaciones para producir ese efecto de objetividad: por una parte, diluir o hacer desaparecer el sujeto; por otra, conceder a los objetos el protagonismo suprimido en los sujetos. Los recursos más comunes para ello son:

- Estrategias de desactivación del sujeto:
 - El estilo impersonal, que hurta agencia –y responsabilidad- a la persona que ejecuta las acciones, presentándolas como si fluyeran por sí mismas: no “yo observo que” sino “se observa que”, no “doy por evidente que” sino “es evidente que”.
 - Las voces pasivas, que transforman al sujeto agente en complemento (agente, pero ya menos sujeto) y al objeto en sujeto (paciente, pero ya nuevo sujeto): no “enfocué el objeto” sino “al ser enfocado el objeto”; no “Fulano mató a Mengano” sino “Mengano resultó muerto como consecuencia de los disparos efectuados por Fulano” (cuantas más circunstancias se intercalen más difuminada queda la agencia –y responsabilidad- del sujeto reducido a mero complemento agente).
 - El traslado de la agencia a elementos que no son el autor de la descripción: “la hipótesis nos conduce a”, “de este argumento se sigue que”.
 - La inmersión del sujeto del discurso en un sujeto colectivo o al que se concede autoridad: “como todo el mundo sabe”, “según fuentes oficiales”, “de acuerdo con lo afirmado por Kant, Einstein o Benedicto XVI, podemos afirmar que”, “la ciencia nos enseña que...”.

- Estrategias de activación del objeto:
 - La presentación de los datos (sucesos de un noticiario, magnitudes estadísticas...) como independientes de –y anteriores a- toda teoría o narración, de manera que éstas vendrían después –pero sólo después- a dar cuenta de ellos. Además de las estrategias anteriores, que al desactivar al sujeto activan implícitamente al objeto, destacan ciertas operaciones de metaforización:
 - El uso de metáforas de naturalización, que presentan al objeto cargado de una entidad y dinamismo propios que hacen innecesaria la intervención de un sujeto: “se recolectan los datos” (no se fabrican), “los griegos descubrieron el principio lógico de no-contradicción” (como si antes estuviera ya ahí, pero todavía cubierto).
 - El uso de metáforas de personificación, que atribuyen agencia humana a meras cifras u objetos inertes: “las estadísticas nos dicen que”, “los hechos hablan por sí mismos”, “los resultados nos indican que”.

Para enmarcar este tipo de estrategias discursivas, la aportación de M. Foucault resulta especialmente relevante. Su obra nos enseña cómo las prácticas discursivas se inscriben en unas épocas históricas concretas y en unos grupos sociales específicos; épocas y grupos que no son meros marcos que encuadran los discursos sino que prescriben las mismas reglas de su constitución. Para este autor los discursos se fraguan en ‘formaciones discursivas’, entendiendo por tales:

“Un haz complejo de relaciones que funcionan como reglas: prescribe lo que ha de ponerse en relación, en una práctica discursiva, para que ésta se refiera a tal o cual objeto, para que ponga en juego tal o cual enunciado, para que utilice tal o cual conjunto, para que organice tal o cual estrategia. Definir en su singularidad un sistema de formación es, pues, caracterizar un discurso o un grupo de enunciados por la regularidad de una práctica” (M. Foucault, 1969, pp. 122-123)

Será precisamente la detección de estos sistemas de regularidades en las prácticas discursivas la que nos permitirá hablar de *tipos* fundamentales de ‘formaciones discursivas’ en torno, en nuestro caso, al medio ambiente: desarrollo sostenible, ecodesarrollo, biodesarrollo... discursos todos que movilizarán “un complejo haz de relaciones” que, casi con regularidad mecánica, irá prescribiendo, en cada caso, qué objeto es ése del que se está tratando, qué conjunto de connotaciones y argumentos se deben poner en juego, qué estrategias retóricas son las que han de esgrimirse, qué

actuaciones van asociadas... Pero será también dentro de esos sistemas de regularidades donde podremos apreciar las características propias de los grupos ahora en presencia, de sus particulares intereses y alianzas, de su modo de construir tanto el objeto del debate como el público al que cada grupo se dirige¹⁴.

El carácter rígido, cerrado, sistémico que Foucault atribuye a las formaciones discursivas queda bien de manifiesto cuando los discursos analizados lo son de unos agentes que comparten un mismo conocimiento experto, altamente elaborado y disciplinado. Y, más aún, cuando, como también será el caso, tales expertos se agrupan –y se distinguen- en función de un conjunto de prácticas, ideas y motivaciones muy nítidamente acotados. Así, las estrategias discursivas del biotecnólogo anterior se reproducen casi literalmente en multitud de discursos (de científicos, políticos, empresarios...) que pretenden socavar la autoridad intelectual de quienes presentan como profanos en cuestiones científicas, conformando una formación discursiva específica que podríamos llamar *cientifista*.

No obstante, conviene advertir que toda la claridad con que se pondrá de manifiesto esta condición disciplinaria de las formaciones discursivas en el caso de los discursos expertos, adquiere otras orientaciones bien distintas y variadas cuando se atiende a los discursos de los ‘consumidores’, sean los consumidores (oyentes, lectores) de los discursos expertos, sean los consumidores de los productos o prácticas cuya circulación tales discursos intentan promover o entorpecer. El destinatario de esos discursos, al que se suele suponer pasivo y disciplinado, más bien se comporta respecto a ellos –según expresión de M. de Certeau (1980, pp. XXXV ss.)- como el *bricoleur*, que los desarma y recompone según criterios no previstos por las lógicas propias de cada formación discursiva, o como el cazador furtivo, cuyo interés en el conocimiento de las reglas se cifra en su propósito de escapar de ellas.

“La presencia y circulación de una representación dada (enseñada como un código (...) por predicadores, educadores o vulgarizadores) no indica en absoluto que sea así para sus usuarios. Habrá que analizar la manipulación que de ella hacen los practicantes que no son sus fabricantes. Sólo entonces se podrá apreciar la distancia o la similitud entre la producción de tal imagen y la producción secundaria que se esconde en el proceso de su utilización” (M. De Certeau, 1980: XXXVIII)

¹⁴ Un buen ejemplo de análisis de formaciones discursivas en torno a los Organismos Genéticamente Modificados/Manipulados (OGMs) se puede encontrar en P. Herrera, 2005

Por ejemplo, cuando el discurso igualitarista del gobierno colombiano se plasma en ayudas a las mujeres de etnia *embara* para que instalen pilas de lavar en sus casas y evitarles el desplazamiento al río, éstas lo pervierten al decidir hacer de las pilas armarios y seguir yendo a lavar al río, que para ellas es su lugar de encuentro, conversación y poder.

Un caso realmente fructífero de representación/creación de realidad se presenta en la publicidad. Una publicidad que, en nuestra sociedad, cumple por lo menos una triple función. Por un lado, es a partir de ella como llega a los individuos mucha de la información que éstos utilizan en sus conocimientos y prácticas cotidianas. Por otro, en la publicidad precipitan situaciones, valores y significaciones sociales que forman parte del imaginario compartido por una sociedad (no en vano muchos de los métodos de análisis empleados por sus expertos están tomados de los que emplea la sociología para indagar en ese imaginario). Por último, la publicidad puede ser en nuestros días uno de los principales vehículos de transmisión de ideología pues, por medio de ella, “el lenguaje implanta pautas de comportamiento, codifica los papeles sociales, fija los sentimientos -difundiendo estereotipos- funcionalmente al sistema” (J. Ibáñez, 1969, s.p.); el discurso publicitario, “como el resto de los discursos ideológicos, interpela a los sujetos humanos, a los individuos humanos en cuanto sujetos, con la intención consciente o inconsciente de imponerles un determinado sistema de representaciones del mundo” (A. de Lucas, 1998, s.p).

Guía para el análisis y la interpretación

Si no hay fórmulas para establecer el diseño de una muestra estructural, más difícil aún es, en unas pocas líneas, aportar un conjunto exhaustivo y coherente de técnicas de interpretación y análisis de discursos. Nos limitaremos, pues, a apuntar algunas estrategias que nos permitan, tras hacer hablar a las personas, hacer ahora hablar a los discursos producidos por ellas.

Una regla a menudo olvidada al comenzar un estudio es que todo proceso de investigación debe estar guiado por un marco teórico. La teoría nos proporciona un conjunto de herramientas capaces de ayudarnos a conceptualizar los procesos o los objetos que queremos analizar y nos permite enfocar el objeto de estudio, enfatizando lo que en él es relevante desde una cierta perspectiva. El marco teórico desde el que partimos será utilizado, por tanto, a título de artefacto o herramienta que, como el

microscopio, hace ver lo que a simple vista pudiera quizá pasar desapercibido: nos señalará las prioridades para la observación, nos facilitará los sistemas de interpretación y fijará los objetivos que se persiguen. Evidentemente, el marco conceptual que se adopte y la estructuración de nuestro propio discurso determinarán en buena medida el análisis, pero ello no invalida la investigación. Primero, porque frente a la idea de la existencia de hechos sociológicamente puros, que posteriormente son interpretados teóricamente, cada vez ha venido cobrando más peso la tesis de que estos hechos se hallan mediatizados por la teoría o teorías que orientan su recogida. Pese a lo que suele afirmarse, ni hay ‘hechos puros’ ni los hechos no pueden ‘hablar por sí mismos’. Segundo, porque la flexibilidad, característica inherente de la metodología cualitativa, nos llevará con frecuencia, en el proceso de análisis, a ciertos replanteamientos, reformulaciones o importantes matizaciones de nuestras propias hipótesis iniciales. El ir y venir de los conceptos a las hipótesis, de éstos y éstas al material producido –y viceversa- irá tejiendo los resultados de la investigación.

Junto a ese cuerpo conceptual previo hay otras dimensiones que habrán de orientar nuestro análisis. Entre ellas cabe destacar las dimensiones histórica, sociopolítica, cultural, contextual (L. Íñiguez, 2004) y reflexiva:

- Dimensión histórica. Los procesos sociales están marcados históricamente y son portadores, ellos mismos, de la historia que los ha constituido. El presente está configurado en buena medida por el pasado a la vez que ayudará a configurar el futuro. La definición de un objeto de investigación no puede ser ajena, entonces, a esta característica.
- Dimensión cultural. Cada proceso, por otra parte, está enmarcado en un entorno cultural particular. La intersubjetividad, el sistema de normas y reglas que cada cultura ha ido construyendo a lo largo de su historia, le dan unas particularidades diferentes del resto que no pueden ser ignoradas en la investigación.
- Dimensión socio-política. Toda práctica social se enmarca en un contexto político concreto, en una determinada relación de fuerzas, si no es que toda práctica social es en sí misma política.
- Dimensión contextual. La investigación debe considerar el contexto social y físico en el cual se está produciendo. El contexto es el resultado de múltiples

elementos, procesos y acciones, entre los que resalta la acción colectiva de los participantes en él.

- Dimensión reflexiva. Las prácticas de investigación, y en particular la propia presencia del investigador, modifican las condiciones de la situación investigada, por muchas que sean las precauciones que se tomen para evitarlo. Esta paradoja es inherente a toda investigación y debe tenerse en cuenta (especialmente en las investigaciones más cuantitativas, donde el esfuerzo por ocultar la reflexividad bloquea su consideración crítica).

Así, con un ojo puesto en nuestro marco conceptual y el otro en el material empírico, y sin dejar de tener en cuenta las dimensiones anteriores, en el análisis trabajaremos con el habla. Pero para analizar los discursos producidos, en principio no será necesario recurrir a ninguna teoría general del lenguaje (semiología, lingüística...) ni a ninguna teoría psicológica (psicoanálisis, cognitivismo...), sino que trataremos de relacionar la orientación ideológica de los discursos con la génesis y reproducción de los procesos sociales. O, dicho de forma más sencilla, el análisis se centrará en la búsqueda de *un* sentido de entre los múltiples que tiene un discurso. El sentido que concretamente buscamos nosotros vendrá dado por los objetivos concretos de la investigación y constituirá un botón de muestra de los discursos sociales que existen sobre una problemática determinada.

Por ello, más allá de la estructura de la oración o, incluso, de la de la propia lengua, nuestro análisis se centrará en las actividades y funciones de los discursos, pues éstos incorporan esas dimensiones del lenguaje que hacen de él una práctica social, una práctica que incluye sus propias condiciones de producción, circulación y realización. Será la interpretación de los discursos la que dotará de sentido a los elementos que configuran la investigación, pues esos discursos ocurren en un marco de comprensión, comunicación e interacción que a su vez es parte de estructuras y procesos socio-culturales más amplios. Mediante el uso de la lengua se desempeñan roles, se afirma o se niega, se hacen y socavan hechos, se está en acuerdo o desacuerdo, se solicita o se ofrece información, se adquiere conocimiento e, incluso, se desafía una estructura social, política o institucional.

Atendiendo a todo lo anterior, en el análisis podemos centrar nuestra atención en los siguientes aspectos¹⁵:

- Temas más generales que afloran en la conversación, buscando la posición o posiciones de los informantes con respecto a ellos, y conjugando después unos con otros para identificar las diferencias, similitudes, distancias... A su vez, dentro de cada tema, pueden identificarse diferentes formaciones discursivas. Si el material producido fuera suficiente, se puede tratar de establecer una tipología y su posible comparación con otras semejantes. Por ejemplo, en un estudio sobre centrales nucleares es probable que aparezcan temas de economía, política, desarrollo sostenible... Y, a su vez, en cuestiones de economía, pueden aparecer posturas categorizables en distintas formaciones discursivas: economía neoliberal, economía ambiental, economía ecológica... Acaso incluso podamos establecer una correlación entre los diferentes tipos de sujetos y su posición respecto de cada uno de esos temas o formaciones discursivas.
- El modo en que cada tipo de discurso interpreta o construye el objeto al que supuestamente hace referencia, dotándole de unas propiedades u otras, asociándole unas connotaciones u otras en función de ciertos presupuestos e intenciones. Así, un mismo objeto, -¿un mismo objeto?- como puede ser un OGM, será para unos (para la industria química, por ejemplo) un “organismo genéticamente *modificado*” mientras que para otros (como los ecologistas) se tratará de un “organismo genéticamente *manipulado*”.
- Las estrategias por las que los emisores de cada tipo de discurso construyen/interpretan a los otros agentes participantes en la situación discursiva, atribuyéndoles ciertas características, buscando aliados o marcando distancias retóricas, adelantando y reinterpretando sus argumentos... Por ejemplo, ¿cómo se representan las instancias políticas locales las asociaciones agrarias (y viceversa)?, ¿cómo se describen éstas entre sí?, ¿qué formaciones discursivas son comunes a unas u otras?

¹⁵ En general, conviene ir elaborando un pequeño informe desde el mismo momento en que comencemos a recoger la información: una reflexión sobre los datos que vamos obteniendo, el contexto de recogida de información, organización de los datos, incidencias que hayan podido ocurrir... A menudo, el sentido de los discursos registrados depende de estos detalles.

- Las estrategias por las que cada tipo de discurso busca legitimarse frente a los otros, así como aquellas otras mediante las que busca la deslegitimación de éstos y los modos de argumentación utilizados para persuadir de la verdad de las representaciones y afirmaciones propias, y de la falsedad o inconsistencia de las ajenas. Por ejemplo, ante un proyecto de declaración de parque natural, pueden legitimarse ciertas posturas recurriendo a discursos de desarrollo o de calidad de vida; así como también puede intentarse socavar los discursos antagónicos trayendo a colación intereses ocultos o argumentos científicos.
- Los tópicos o lugares comunes –ya sean generales, ya se compartan sólo por ciertos grupos- que funcionen como presupuestos implícitos a través de los cuales adquiere sentido la cadena argumental. Así, se cuenta que en cierta ocasión el general Franco se dirigió a los oyentes con un “¡Españoles, estábamos al borde del abismo, pero hoy hemos dado un gran paso hacia delante!”. Para sus partidarios (o, en general, para los creyentes en que ‘avanzar’ significa ‘mejorar’), no podía ser sino una buena noticia; sus detractores, en cambio, no pudieron ocultar las risas (aunque muchos de ellos, convencidos progresistas, no dejarían de seguir creyendo que los avances no pueden ser sino a mejor).
- La detección de metáforas en los discursos puede ser un instrumento especialmente útil para acceder al imaginario de los diferentes grupos y actores (E Lizcano, 1999, 2006). Ya hemos visto cómo se utilizan unas metáforas u otras para hacer o socavar hechos, para presentar unos fenómenos como naturales o para atribuir agencia a ciertos objetos. En unos casos se trata de estrategias conscientes de los hablantes, pero en muchos otros son metáforas incorporadas a la lengua que a primera vista no percibimos como tales metáforas pues expresan una manera habitual de ver una cosa en términos de otra.

Así, las “esposas animales” de que hablaban los *carrier* nos informan tanto de la compenetración de su sociedad con la naturaleza, como de la radical escisión que los occidentales suponemos entre ella y lo social: cualquier relación sexual entre humanos (sociales) y animales (naturales) es entre nosotros un tabú, protegido por la interdicción de la zoofilia. Además, esa metáfora, en el contexto de la frase, nos habla también del papel protagonista que tiene en la sociedad *carrier* la hembra/mujer como transmisora del saber sobre la naturaleza, pues son “los

hombres (quienes) adquirirían ese saber de sus esposas animales” (y no las mujeres de sus ‘esposos animales’).

Ahora bien, tan importante como saber qué puede hacerse para analizar discursos es saber qué no debe hacerse. Señalemos alguno de los errores más habituales¹⁶:

- Acumular citas o extractos, como si éstos fueran lo bastante obvios como para comentarse por sí mismos o ser transparentes para el lector. Nada tiene un significado *por sí mismo*; el significado se da siempre en el encuentro entre el discurso del informante (sus expresiones, su contexto...) y el del investigador (sus objetivos, su aparato conceptual...).
- Limitarse a salpicar el discurso del investigador con citas o extractos ocasionales, convirtiendo así a los informantes en meros pretextos utilizados para ilustrar las tesis preconcebidas del investigador. Si el informante no informa realmente, es decir, si no contribuye a *darle su forma* al cuerpo de la investigación, el uso de su discurso es un mero recurso retórico con el que el investigador tan sólo pretende legitimar su investigación.
- Hacer decir a los informantes lo que de ningún modo dicen. La interpretación tiene sus límites, y los discursos ajenos merecen –al menos- tanto respeto como el propio.

Se ha de dar al material utilizado (fragmentos de discursos, anuncios publicitarios...) un papel relevante en la investigación, procediendo a un análisis pormenorizado del mismo que conjugue una doble perspectiva: de un lado, su misma capacidad expresiva, toda la riqueza que encierra la aparente trivialidad de la cháchara de un ama de casa, de un técnico o de un anuncio poco imaginativo; de otro, la capacidad que aporta nuestro marco conceptual para hacer decir a ese material lo que en él se está presuponiendo, lo que él no dice explícitamente pero sin lo cual no podría decir lo que se está diciendo. Ciertamente, el marco conceptual que se adopte y la estructuración de nuestro propio discurso determinarán en gran medida la selección de unos fragmentos u otros de las entrevistas o las discusiones de los grupos, así como su ubicación en un contexto de problemas o en otro. Pero, a la vez, la lectura reposada del material nos ha de permitir

¹⁶ C. Antaki *et al.* (2003) identifican algunas de las estrategias comúnmente empleadas en análisis conversacionales que resultan, según los autores, distorsionantes o, por lo menos, insuficientes para calificarlos como análisis del discurso.

replanteamientos, reformulaciones o importantes matizaciones de nuestras hipótesis iniciales. Es precisamente esa recursividad, ese ir y venir de los conceptos y las hipótesis a las expresiones literales de los entrevistados, y viceversa, la que permitirá, tras sorpresas y dudas, construir la investigación como una totalidad.

Bibliografía básica recomendada

Callejo, J., 2001: *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Barcelona, Ariel.

Un exhaustivo panorama sobre el porqué, el cómo y el para qué de los grupos de discusión como vía de observación sociológica empírica. Más allá de la mera descripción de esta herramienta de investigación, la obra analiza su potencialidad y sus límites, a partir de situaciones específicas derivadas de la experiencia del propio autor.

Delgado, J.M. y Gutiérrez, J., (coord.), 1994: *Métodos y Técnicas Cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.

Compilación que ofrece una completa visión de las principales metodologías y técnicas cualitativas de investigación social. Abarca desde las perspectivas y modelos de interpretación que vertebran la complejidad del par cuantitativo/cualitativo, hasta las distintas metodologías de análisis del discurso, pasando por las técnicas más relevantes para la producción de información cualitativa.

Ibáñez, J., 2003: *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*. Madrid, Siglo XXI.

Libro pionero sobre el grupo de discusión, proporciona un encuadre teórico fundamental para entender la perspectiva metodológica en la que opera una visión estructural y reflexiva en la ciencia social. Excelente reflexión crítica sobre la encuesta -casi única herramienta de investigación en la sociología tradicional- y aún mejor fundamentación epistemológica, metodológica y técnica del grupo de discusión.

Íñiguez, L. (ed), 2003: *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*, Barcelona, Editorial UOC.

El alcance y los límites de los efectos del lenguaje en la práctica de las ciencias sociales es el eje que vertebra esta obra. De forma sencilla, presenta un panorama actual de los estudios sobre el lenguaje y aporta los fundamentos teóricos que justifican su inclusión en las ciencias sociales. El análisis del discurso se introduce tanto en su dimensión teórico-metodológica, como en su papel de herramienta de investigación.

Lizcano, E., 2006: *Metáforas que nos piensan*, Traficantes de Sueños/ Bajo Cero, Madrid (también disponible en www.bajo-cero.org/ediciones/pdf/lizcano_web.pdf).

El análisis de las metáforas habituales nos asoma a los presupuestos implícitos y no evidentes en los discursos de quienes comparten un mismo imaginario social. El análisis de esos pre-juicios compartidos se hace a través de multitud de ejemplos sencillos tomados del lenguaje de las ciencias (matemáticas, naturales o sociales), del lenguaje ordinario y de otras lenguas con gramáticas y recursos expresivos muy distintos.

- 1999: "La metáfora como analizador social", *Empiria*, nº 2, pp. 29-60 (también disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=199628>).

Expone las limitaciones del concepto clásico de metáfora, como hablar impropio u ornamental, para adentrarnos en su uso como mecanismo de generación de conocimientos,

de emociones y de efectos de verdad, pero también de creatividad lingüística y de cambios en la construcción de la realidad.

Potter, J., 1998: *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona, Paidós.

Una excelente introducción a los diferentes enfoques lingüísticos que convergen hoy en el análisis crítico del discurso. La primera parte recopila las principales aportaciones de estos enfoques (semiología, posestructuralismo, sociología del conocimiento científico, posmodernismo). En la segunda, se aplican con detalle a los más variados tipos de discurso (conversaciones, debates, relatos, artículos...).

Otra bibliografía citada

Alonso, L.E., 1994: "Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa", en Delgado y Gutiérrez (coord.), *Métodos y Técnicas Cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 225-240.

Antaki *et al.*, 2003: "El Análisis del discurso implica analizar: crítica de seis atajos analíticos", *Athenea Digital*, nº 3, pp. 14-35.

Camarero, L. (coord.), 2006: *Medio Ambiente y Sociedad. Elementos de explicación sociológica*, Madrid, Thomson.

Callejo, J., 2001: *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Barcelona, Ariel.

De Certeau, M., 1980, *L'invention du quotidien*, vol. I: *Arts de faire*, Paris, Gallimard.

De Lucas, A. 1998: "Fantasmática de la publicidad", *Cuadernos Contrapunto*, nº 8, disponible en www.uned.es/socicon/lea.htm

Foucault, M., 1969: *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI.

Gilbert, N. y M. Mulkay, 1984: *Opening Pandora's Box: A Sociological Analysis of Scientist's Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gutiérrez Brito, J., 2008: *Dinámica del grupo de discusión*, Madrid, CIS.

Herrera, P., 2005: "Argumentos comestibles: la construcción retórica de la percepción pública de los alimentos transgénicos", *RIS*, nº 40, pp. 183-205.

Ibáñez J., 1969: "Creatividad y publicidad", en *Cuadernos Monográficos*, serie Cursos Profesionales (tomo 2). Madrid, Instituto Nacional de Publicidad, disponible en www.uned.es/125051/socicon/

- 1994: "Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión" en García Ferrando, Ibáñez y Alvira (comp.), *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza, pp. 283-298

Ibáñez, T., 2003: "El giro lingüístico", en Íñiguez, L. (ed), *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*, Barcelona, Editorial UOC.

Íñiguez, L., 2004: "El debate sobre metodología cualitativa versus cuantitativa", disponible en <http://antalya.uab.es/liniguez/>

- 1995: "Métodos Cualitativos en Psicología Social: Presentación", *Revista de Psicología Social Aplicada*, 5 (1/2), pp. 5-26.

Lévi-Strauss, C., 1964: *El pensamiento salvaje*, México, F.C.E.

- Ortí, A., 1994: “La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en J.M. Delgado y J. Gutiérrez (coord.), *Métodos y Técnicas Cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 86-95.
- Téllez, A., 2007: *La investigación antropológica*, San Vicente, Alicante, Club Universitario.
- Vallés, M., 2002: *Entrevistas Cualitativas*, Madrid, CIS.
- White, Lynn, 1967: “The historical roots of our ecological crisis”, *Science*, nº 155, pp. 1203-1207.